

Utopía y distopía del Estado mínimo en la Patagonia: sueños de secesión y pesadillas apocalípticas

Utopia and dystopia of the minimal state in Patagonia: dreams of secession and apocalyptic nightmares

Fernando Lizárraga

IPEHCS-CONICET/CEHEPyC-UNCo

falizarraga@conicet.gov.ar

falizarraga@yahoo.com.ar

Resumen

Una vez que el Estado argentino conquistó la Patagonia, no tardó en surgir un discurso anti-centralista originado en las penurias que experimentaban los habitantes de estos territorios australes, a quienes les era negada, además, la plena ciudadanía. Respecto del centro dominante ubicado en la ciudad-puerto de Buenos Aires, la Patagonia se vio a sí misma como un enclave insular, como una colonia interna, continuamente expoliada y eternamente postergada. En este contexto, surgieron narrativas que pretendieron a la vez cuestionar y superar esta relación de dominio. Por un lado, el sueño de la secesión (salida utópica de corte libertarista), expresado minuciosamente en el cuento “Cuando Argentina perdió la Patagonia”, de Salvador San Martín, publicado en 1984. Por otro, la idea de que la propia dinámica del enclave hidrocarburífero, integrado a un mercado capitalista mundial sin regulaciones, acabaría devastando y fragmentando el territorio, en una suerte de pesadilla post-apocalíptica (salida distópica), signada por el agotamiento de los recursos naturales y la extinción de las identidades regionales, que se observa en la previsión tecnocrática escrita por Ramón Martínez Guarino.

Palabras clave: Patagonia, utopía, secesión, Estado mínimo.

Abstract

Once the Argentinian State conquered Patagonia, it was not long before there emerged an anti-centralist discourse born out of the plight that were suffering the inhabitants of these Southern territories to whom, moreover, full citizenship was denied. With regard to the dominant center located in the harbor-city of Buenos Aires, Patagonia came to see itself as an isolated enclave, like an internal colony, continuously exploited and eternally left behind. This was the context for the rise of some narratives that aimed both at criticizing and overcoming Buenos Aires's dominant power. On the one hand, the dream of secession (a utopian way out with libertarian content), meticulously expressed in Salvador San Martín's story "When Patagonia was lost for Argentina", published in 1984. On the other hand, the idea that the development of the gas and oil industries, connected to an unregulated capitalist world market, would end up devastating and breaking apart this territory, in a kind of apocalyptic nightmare (the dystopic way out), marked by the depletion of natural resources and the extinction of regional identities, as it is presented in the technocratic anticipation written by Ramón Martínez Guarino.

Keywords: Patagonia, utopia, secession, minimal State.

[Patagonia], ese país aparte .

(Juan Gelman)

¡Al sur, al mar, al frío!

(Raúl Alfonsín, 17 de abril de 1986)

Europa supo de la Patagonia recién cuando, tras el viaje de Magallanes y Elcano, los cronistas publicaron sus fabulosas observaciones. La más famosa es, como se sabe, la crónica de Antonio Pigafetta, cuyos relatos fueron recreados por Montaigne, traducidos al inglés por Florio, y leídos con avidez por Shakespeare. Casi nadie desconoce el relato del encuentro de los marineros de Magallanes con el gigante Tehuelche; ni la narración de por qué terminaron llamándolos Patagones. Estas primeras miradas que, paradójicamente, orillaban la distopía, se han prolongado en el tiempo. Los relatos de viajeros así lo atestiguan. Pero también se vio en la Patagonia una tierra utópica: por eso, el yerno de Juan de Garay, Hernandarias -cuya intrépida osamenta yace en Santa Fe la Vieja- buscó la fantástica Ciudad de los Césares en su viaje hasta Choele Choel. Una sospecha de riquezas sin fin ha impulsado a muchos a aventurarse a la tierra arisca y al “fino viento” que puede enloquecer “definitivamente” a cualquiera (Kalamicoy, 2008: 1). Así, la Patagonia puede ser vista de mil y un modos: como un mundo amenazado desde el principio por múltiples demonios que danzan alrededor de un cuerpo recién muerto; o como un escenario donde florecen utopías de la abundancia bajo un régimen de Estado mínimo; o como un cadáver desmembrado al que le han quitado hasta la última gota de sus humores vitales. En lo que sigue, examinaremos dos visiones sobre la Patagonia: por un lado, una utopía separatista que remata en la creación de un Estado Mínimo y, por otro, la anticipación de una distopía casi post-apocalíptica, caracterizada por el agotamiento de los recursos naturales, la fragmentación territorial y la pérdida de las identidades regionales.

Una utopía de la abundancia y la secesión

A esta altura, ya casi no quedan dudas de que la utopía como género le debe tanto a América como al ingenio de Tomás Moro. Fredric Jameson ha logrado identificar los elementos clave del género utópico en un estudio donde la armoniosa isla con forma de media luna exhibe elementos que van desde el monasticismo medieval hasta la comunidad campesina andina, desde la democracia griega clásica hasta la monarquía incaica. En efecto, en un primer movimiento, como señala Lucas Misseri (Misseri, 2009: 131), América se convirtió en el lugar donde

se proyectan las ansiedades, los sueños y los impulsos utópicos de los europeos. Así, “el descubrimiento de América despertó la imaginación utópica de los europeos brindando un espacio ideal, vacío de contenido simbólico para ser llenado con añoranzas que ya tenían una larga tradición” (Misseri, 2009: 131). Los americanos, entonces, son considerados primero como utopianos hasta que, andando el tiempo, se convierten ellos mismos en utopistas, cuando desarrollan sus propias utopías-proyecto, especialmente tras la formación de los Estados nacionales.

No cualquier producto de la fantasía ni cualquier comunidad armónica es una utopía. Entre otras cosas, para que un relato sea utópico se necesitan “dos características: la lejanía y la insularidad” (Misseri, 2009: 136); una lejanía que puede ser temporal o espacial; y una insularidad que no exige que haya una isla propiamente dicha. Ahora bien, en el proceso de convertirse en utopista, América retuvo el topos utópico; siguió siendo el sitio de la utopía. Por eso, alega con agudeza Misseri, una “característica primordial de la mirada utópica americana” reside en que es más ucrónica (tiempo ideal y futuro) que utópica (no-lugar o buen lugar) y, al mismo tiempo “es eminentemente práctica, es una utopía-proyecto, una utopía de la realización” (Misseri, 2009: 141) que puede realizarse aquí y ahora o en el futuro. Esta versión americana, “la utopía práctica o utopía-proyecto”, tiene como rasgo particular el hecho de expresarse en “microproyectos que [incluyen] en el mayor de los casos a una reducida parte del continente americano” (Misseri, 2009: 143).

El elemento insular, como decíamos, es decisivo. Y en el caso de la clásica obra de Tomás Moro la insularidad es producto de una decisión política categórica: la transformación de una península en una isla. El fundador de Utopía sabe que su sociedad armónica no puede existir sin una separación radical respecto del resto del mundo. Antes de crear la sociedad utópica, se precisa construir el *topos* insular. Utopía, la isla imaginaria, comienza con un acto de secesión. Escribe Moro:

Utopía no era originalmente una isla sino una península. No obstante fue conquistada por alguien llamado Utopos, que le dio su presente nombre, pues antes solía llamarse Abraxa. Él fue el responsable de transformar a un grupo de salvajes ignorantes en lo que es ahora, quizá, la más civilizada nación del mundo. Cuando invadió y tomó el control del territorio, ordenó inmediatamente trazar un canal a través del istmo de quince millas que conectaba Utopía con la tierra firme, para que el mar la rodeara. Temiendo poder causar resentimiento si hacía realizar ese trabajo sólo a los habitantes locales, él puso también a todo su ejército a trabajar en ese emprendimiento. Con esa colosal fuerza de trabajo todo se hizo

increíblemente rápido, para gran sorpresa y terror de los pueblos fronterizos, que habían empezado a burlarse de todo el proyecto, creyéndolo impracticable". (Moro, 2007: 84)

La utopía primigenia, entonces, nace de un acto de conquista –como ocurrió con América– y de un acto de separación por medio del cual se crea la necesaria insularidad, que es condición para que el relato utópico pueda encapsularse en su propia historia, en su propia dinámica, al resguardo de la historia los otros que, como mucho, pueden ser aliados, proveedores de mercenarios o enemigos. Es de notar que Utopos, el conquistador, no es sólo un guerrero sino un héroe civilizador, supremo legislador, autor de las sabias leyes que regirán a la isla afortunada, cuyo proyecto inicial, como bien señala Moro, produce la burla y luego el terror y la sorpresa de los pueblos vecinos. No es menos interesante el nombre previo de la isla, poblada por “salvajes ignorantes”: Abraxa. Algunos creen que Moro alude a la creencia mística en un demiurgo llamado Abraxas, amo del mundo espiritual, combinación de todo lo bueno y todo lo malo. En el tono jocoso de Moro, Abraxa remitiría a un espacio inmaterial, donde todo es pensamiento puro. Pero más atinada parece la interpretación de Paul Turner, quien en la edición inglesa de *Penguin Classics* traduce Abraxa como *Sansculottia*, la tierra de los *sans-culottes*, esos “salvajes ignorantes” que, de todos modos, pueden trabajar codo a codo con los soldados de Utopos para construir el canal en el istmo y concretar la secesión.

Al tono con el doble registro de la utopía, esto es, como crítica y como diseño ideal, el 3 junio de 1984, cuando la democracia recuperada aún no había cumplido un año en la República Argentina, apareció en un diario de la Patagonia una inquietante utopía-proyecto, una ucronía situada en este mismo Sur pero que transcurría apenas un año más adelante, en 1985. El texto, publicado en el *Suplemento Económico y Agropecuario* del diario *Río Negro*, escrito por el ingeniero Salvador San Martín, llevaba por título: “Cuando Argentina perdió la Patagonia”. En el copete del cuento, el diario aclaraba que se trataba de “un cuento fantástico”, que curiosamente ya había circulado en reuniones con funcionarios nacionales en Neuquén, señal del malestar reinante en varios sectores, especialmente entre los grupos políticamente activos y económicamente más influyentes de la región. La advertencia de que era un cuento fantástico publicado nada menos que en el *Suplemento Económico y Agropecuario* (un espacio de data cruda y dura), revela –acaso sin que los editores lo hayan sabido– un gesto propio de las utopías: advertir que lo que está a punto de leerse es un enorme sinsentido, un juego inocente, un entretenimiento que no ha de ser tomado en serio. Y al mismo tiempo, que esté allí y no en el suplemento literario, por ejemplo, remite al apego a lo real que también caracteriza a la utopía desde su codi-

ficación por parte de Moro. Como es sabido, el diálogo del Libro I está repleto de datos correctos que intentan darle verosimilitud al increíble relato de Rafael Hitlodeo (More, 1965).

El cuento de San Martín comienza con la toma de las centrales hidroeléctricas de la Patagonia por parte de un grupo de comandos suicidas e independentistas (o secesionistas). Todo ocurre el 14 de agosto de 1985. Luego de apoderarse de las represas, los rebeldes patagónicos emiten el siguiente comunicado:

Aquí Comando Suicida El Chocón a nombre del gobierno provisional de los Estados Unidos de la Patagonia, comunica [...] para su retrasmisión al presidente de la Nación Argentina lo siguiente: 1) En el día de la fecha, nueve comandos suicidas integrados por ciudadanos patagónicos y bajo instrucciones del gobierno provisional de los Estados Unidos de la Patagonia, presidido por el doctor Aníbal Alejandro Garmendia, han tomado posesión de las centrales de El Chocón, de Cerros Colorados [...] de Alicurá, de la central de Arroyito y de Confluencia, de las plantas compresoras de gas natural de Loma de La Lata, Pico Truncado y Cerro Cóndor. En ningún caso se han producido bajas entre el personal de las plantas, ni tampoco entre los comandos de ocupación. (San Martín, 1984:1-2)

El comunicado independentista continúa con una serie de amenazas tácticas y exigencias al gobierno nacional, una típica *list of grievances* como las que se observan en casi todas las declaraciones emancipatorias. Los patagónicos hablan en serio: amenazan con volar los puntos neurálgicos de cada central y dejar sin suministro a toda la Argentina por cinco años en caso de que el gobierno argentino intente algún acto represivo. Asimismo, conminan a que el gobierno con sede en Buenos Aires reconozca en un plazo de 48 horas “al gobierno provisional de los Estados Unidos de la Patagonia, como legítimos gobernantes de este país y lo acepte como país asociado según los términos que se acuerden oportunamente” (San Martín, 1984: 2). Advierten los rebeldes que, vencido ese plazo, comenzará a reducirse hasta cortarse el suministro de electricidad, gas y petróleo.

La queja fundamental de los patagónicos es su condición de colonia interna; por eso señalan: “El gobierno provisional de los Estados Unidos de la Patagonia ha destacado ministros plenipotenciarios ante los principales países de la comunidad internacional a efectos de plantear el caso del dominio colonial argentino sobre la Patagonia y procurar el reconocimiento del gobierno provisional instituido”, al tiempo que aseveran:

En estas tristes circunstancias recordamos al pueblo amigo de la Argentina, la voluntad de ser libres de todo colonialismo expresada en la declaración de la Independencia en Tucumán el 9 de julio de 1816 y denunciamos la actitud prepotente de *la dirigencia porteña que mantuvo hasta hoy un colonialismo denigrante sobre estos territorios que no tienen otro recurso que imponer por la violencia lo que le fue negado por la razón y el patriotismo*. (San Martín, 1984: 2; énfasis propio)

Una vez planteadas las demandas, las repuestas del gobierno nacional van desde la incredulidad hasta el estupor y el definitivo “pandemónium”. El presidente argentino, Solanas Álvarez, al principio no tiene mejor idea que suspirar y decir: “Estos sureños...”. Pero cuando comprueba que la cosa va en serio, se suceden desesperadas reuniones con su gabinete, con los altos mandos militares y con los representantes del Congreso. Es que, entre otras cosas, los gobiernos de las cuatro provincias patagónicas han oficializado la secesión. Siempre según el relato fantástico de San Martín, el presidente recibe noticias de que “en razón de las circunstancias, las cuatro legislaturas y los propios gobernadores habían adherido al gobierno provisional de los Estados Unidos de la Patagonia, y se solidarizaban con su actitud, por lo cual se consideraban estados independientes de la Nación Argentina y autónomos económicamente. Manifestaban también su firme decisión de armar al pueblo patagónico para repeler cualquier agresión” (San Martín, 1984: 2).

En la Patagonia ficcional había mucho más que aires de independencia: ya había una agencia de noticias propia, la “Agencia de Noticias Los Andes, entidad privada al servicio del gobierno provisional de los Estados Unidos de la Patagonia”; la gente de Comodoro Rivadavia había salido a “las calles celebrando la independencia y pidiendo armas para combatir a los porteños”; los obreros paralizaban los puertos patagónicos y dejaban varados los vuelos que venían de Buenos Aires; se multiplicaban las presiones de otras provincias en apoyo a la Patagonia, y se sucedían los pronunciamientos de países extranjeros en el mismo sentido. En este escenario, el gobierno central descarta la solución militar (sugerida por algunos generales, como en una típica película de Hollywood), accede a que el Congreso reconozca la independencia patagónica y acepta una cumbre entre los presidentes. Es ilustrativo el relato de lo que ocurre en el Congreso. Dice el relato de San Martín:

Antes de retirarse, el diputado por Neuquén, doctor Eleuterio Cardozo, pudo hacerse escuchar en medio del griterío general: No queremos seguir siendo los “kelpers” de los argentinos. Por su parte, el senador Llanquileo, del Chubut, pudo expresar algunos conceptos que se rescataban en medio de los denuestos de que era objeto: Inglaterra trató mejor a sus colonias que la Argentina en la Patagonia...!! y otras como: Por mucho menos de lo sufrido por la Patagonia, las colonias americanas se independizaron de Inglaterra!. (San Martín, 1984: 3)¹

La cumbre presidencial fue citada en Chubut, más precisamente “cerca de Collán Conhué, sitio histórico donde las últimas tribus patagónicas habían sido derrotadas por el Ejército Argentino” (San Martín, 1984: 3).² La escena de la reunión tiene todo el aire de una rendición; se hace en una “carpa de campaña”, como la capitulación de los nazis ante el mariscal Montgomery en 1945. Los dos presidentes se lanzan acusaciones de traición; e incluso el presidente Patagónico le recuerda al argentino que Buenos Aires, de hecho, recurrió a la secesión en 1853 y pidió apoyo internacional, tal como ahora la Patagonia se declara independiente y cuenta con el apoyo de Chile, Brasil y Gran Bretaña (reino que se compromete a entregar las islas del Atlántico Sur a cambio de un acuerdo de paz y comercial increíblemente generoso). “Aquí no hay más traición a la patria que la que cometieron quienes ignoraron los derechos de los patagónicos y los mantuvieron en la más infame dependencia colonial”, razona Garmendia, el presidente más austral. El mandatario argentino se da por vencido, maldice a los porteños y la reunión se termina. La independencia de la Patagonia es un hecho; hay ahora dos países “divididos por una frontera que había levantado con el tiempo la desidia de los gobernantes porteños. Así se perdió la Patagonia para la Nación Argentina” (San Martín, 1984: 3). El foso utópico estaba

¹ El sentimiento de postergación, olvido, lejanía, subordinación, marginación, etc., especialmente en la etapa territorial, fue de tal profundidad que incluso hubo quienes denunciaron que el sur argentino constituía, en realidad, un conjunto de “colonias internas” (Bandieri, 2005: 325). Más aún, esta noción de colonia interna no dejó de emerger a lo largo del siglo XX y hasta principios del presente. En 1970, desde el diario *Sur Argentino* se sostenía que Neuquén no alentaba el separatismo, sino que simplemente quería “*exigir un lugar junto al total de la argentinidad para eliminar las condiciones de colonia absurda en que se mantiene a este sector*” (en Mombello, 2005: 143; énfasis propio). A su vez, el 4 de junio de 2001, al cumplirse 40 años de la creación del Movimiento Popular Neuquino, uno de sus fundadores y cinco veces gobernador de la provincia, Felipe Sapag, decía lo siguiente en su “Carta a los Neuquinos”: “Nada ha sido fácil, ya que un centralismo voraz, que aún perdura, siempre ha considerado a la Patagonia *como una simple colonia*” (en Martínez Guarino, 2004: 234; énfasis propio).

² Collán Conhué significa “aguas perdidas”; otra notable ironía de la historia. De todos modos, no parece que el dato sobre el último sitio de la derrota indígena sea exacto. Hay dos lugares homónimos, en Chubut y Río Negro, y San Martín no aclara la cuestión.

terminado; la insularidad y la lejanía ahora abrían el camino a la construcción de la sociedad ideal.

El breve relato no nos dice cómo se logró el prodigio de convertir a la Patagonia en un mundo completamente nuevo (también es propio de la utopía omitir los detalles de la transformación). Pero lo que sí podemos advertir es que los Estados Unidos de la Patagonia realizaron una utopía cuasi libertaria, al estilo nozickeano, en una ominosa anticipación de lo que ocurriría años más tarde. Escribe San Martín:

Los Estados Unidos de la Patagonia progresaron a ritmo inusitado. Vendiendo petróleo, gas e hidroelectricidad a la Argentina, aun a precios inferiores a los del mercado mundial, ingresaban anualmente miles de millones de dólares de divisas que se utilizaban para el desarrollo de su infraestructura. Los valles de los ríos y la precordillera fueron irrigados y explotados para exportaciones agropecuarias y agroindustriales al exterior y un contingente enorme de inmigrantes se fue radicando libremente en una República *que echando por la borda el estatismo porteño, se apoyó en la empresa privada para afirmar su desarrollo*. En sólo diez años la población patagónica se triplicó con los inmigrantes y en toda la región lacustre y fluvial de la cordillera, centros de turismo de renombre mundial atraían millares de turistas anuales que reforzaban el muy favorable enlace de pagos de la flamante nación. Industrias electro intensivas y petroquímicas se instalaron para aprovechar los recursos energéticos disponibles a bajo costo. La exportación industrial superó largamente a las exportaciones agropecuarias. *La moneda en circulación fue el patagón, con garantía oro y convertible, lo cual surgió de una negociación con las principales naciones del mundo que aceptaron pagar en oro sus compras durante cinco años para formar dicha reserva áurea. La inflación desapareció instantáneamente. Por supuesto los Estados Unidos de la Patagonia no tuvieron Ejército, ni Marina, ni Aeronáutica. Apenas una fuerza policial. Estaba defendida por todos contra todos.*³ En poco tiempo los Estados Unidos de la Patagonia sobrepasaron a la Argentina prácticamente en todo, excepto en la producción agropecuaria que siguió siendo la única base de una Argentina que no supo reconocer en la Patagonia su verdadero destino". (San Martín, 1984: 3; nuestro énfasis)

³ También Moro decía, en *Utopía*, que "un puñado de defensores podrían fácilmente prevenir el desembarco de cualquier fuerza invasora" (Moro, 2007: 84).

Desprendidos del Estado argentino, los Estados Unidos de la Patagonia realizan una utopía clásica, compensando rápidamente las deficiencias estructurales previas. A la falta de población, inmigración intensiva; a la falta de agricultura y ganadería, irrigación y promoción del sector agropecuario; a la falta de industrialización en origen, fomento de la industria basado en la abundancia y baratura de los recursos energéticos. A esto se le añaden los ingresos procedentes del turismo y la exportación de energía a Argentina. El dinero fluye en cantidades; la moneda – el Patagón, otro augurio ominoso– es convertible en oro y ya no hay inflación –otra anticipación escalofriante–. La ausencia de fuerzas armadas profesionales también es un rasgo utópico: los utopianos detestaban la guerra y preferían contratar mercenarios; sólo luchaban en casos extremos, cuando la diplomacia o los más diversos ardides habían fallado.

Cabe observar que si bien no hay fuerzas armadas regulares sí hay “una fuerza policial” en una “República *que echando por la borda el estatismo porteño, se apoyó en la empresa privada para afirmar su desarrollo*”. Lo que aquí se configura, al menos como rápido esbozo, es la utopía del Estado mínimo (otra inquietante anticipación de lo que ocurriría apenas un lustro después). Al igual que las trece colonias de América del Norte, los Estados Unidos patagónicos se independizan sobre la base de un credo profundamente libertarista. Que la Patagonia sea defendida por todos contra todos supone la existencia de una población armada, milicias populares lo cual, sin duda, remite al disputado derecho norteamericano a que todo ciudadano pueda tener armas. Si hay “apenas una fuerza policial”, es porque el Estado se reduce a ser un dispositivo represivo: esto es precisamente el Estado mínimo soñado por Robert Nozick y sus seguidores (aunque ellos prefieren usar el eufemismo de “agencia de protección dominante”). Y si la clave de la prosperidad neopatagónica consiste en apoyarse en la empresa privada “echando por la borda el estatismo”, esto –sumado a lo anterior– no parece estar muy lejos del sueño libertarista de un mundo en el que cada quien es una “empresa en miniatura”. Podría pensarse que la policía de la nueva Patagonia sólo está para cumplir un rol menor; sin embargo, por policía debe entenderse un entramado coercitivo de formidable eficacia, capaz de asegurar el único lazo social indispensable en este mundo nuevo: el contrato entre particulares. Esta policía debe ser, además, suficientemente poderosa como para que no haya disenso respecto de los fundamentos de la utopía libertarista: en toda utopía, como en toda ciudadela sitiada (de manera real o imaginaria), la disidencia es traición.

Como se sabe, Nozick fue uno de los principales defensores del Estado mínimo, el único Estado que, a su juicio, puede ser moralmente aceptado; esto es, un Estado que funciona como una agencia de protección dominante sobre una sociedad donde sólo existen libertades nega-

tivas, donde no se presupone ningún principio distributivo, donde el único lazo social es el contrato entre particulares, y donde –como ya señalamos– las personas son consideradas “empresas en miniatura”. Así, cuando Nozick habla de su utopía libertarista, no oculta que se trata de un artilugio retórico. Sabe que el gélido Estado mínimo no es capaz de inspirar a las personas. “Un soldado puede sacrificar su vida por una reina o por su patria, pero difícilmente por el Estado mínimo”, asegura el autor, puesto que “algunos ideales son necesarios para inspirar a aquellos sin cuya cooperación voluntaria ese Estado [no] sobreviviría” (Nozick, 1991: 287). En rigor, Nozick no pretende establecer una utopía clásica, cerrada y estática, sino un *marco para la utopía* donde puedan coexistir todas las utopías imaginables: “la utopía consistirá en utopías, en muchas comunidades diversas y divergentes en las cuales las personas llevan diferentes clases de vida bajo diferentes instituciones” (Nozick, 1991: 300). Así, “la utopía es un *marco* para las utopías, un lugar donde las personas están en libertad de unirse voluntariamente para perseguir y tratar de realizar su propia concepción de la vida buena en la comunidad ideal, pero donde ninguno puede *imponer* su propia visión utópica sobre los demás” (Nozick, 1991: 300). La utopía entonces es “meta-utopía”, un medio para la realización de las utopías en tanto experimentos utópicos, que deben ser ensayados y competir entre sí. Para Nozick, lo crucial es que no puede haber principios únicos capaces de generar las comunidades utópicas ni contemplar todas las situaciones posibles. Las construcciones utópicas, dice, apuntan a “lograr comunidades en que las personas querrán vivir y en las que escogerán vivir voluntariamente” (Nozick, 1991: 305).

El marco permite la inclusión de casi todas las utopías particulares sin asegurar que ninguna vaya a prevalecer sobre el resto como utopía universal. En este juego de muchas utopías que coexisten, no desaparece la política puesto que se precisa de los arreglos institucionales mínimos para asegurar los derechos individuales negativos; es decir, derechos de no interferencia. Y así, considerando que este marco “permite obtener el mejor de todos los mundos posibles”, Nozick alega que el marco para la utopía “es equivalente al Estado mínimo” (Nozick, 1991: 319), el único Estado que es “moralmente legítimo” y el que “mejor realiza las aspiraciones utópicas de incontables soñadores y visionarios” (Nozick, 1991: 319). En este Estado, los individuos son “inviolables”, “no pueden ser usados por otros de cierta manera”, y las personas son tratadas como poseedoras de “derechos individuales, con la dignidad que esto constituye” (Nozick, 1991: 319). El truco nozickeano, vale insistir, consiste en apelar a la noción de utopía para expresar aquello que no es otra cosa que la distopía del más crudo neoliberalismo, donde las personas inviolables pueden venderse libremente en esclavitud, donde no hay ninguna

pauta para rescatar a los que están peor, donde la igualdad social es mala palabra, y donde sólo valen las reglas del mercado. Por muy simpática que parezca, la utopía que San Martín vislumbró –y propuso– fue aquello que finalmente llegó: la distopía de una sociedad devastada bajo las reglas del mercado protegido por el Estado mínimo.

El Apocalipsis del planificador

Hubo un momento en que las anticipaciones separatistas de San Martín estuvieron próximas a cumplirse o, por lo menos, hubo quienes pensaron –o desearon– que la secesión patagónica dejara de ser una mera utopía-proyecto. Hacia mediados del año 2002, cuando el país parecía no encontrar rumbo tras el sangriento colapso de la Alianza radical-peronista, sonaron voces favorables a la emancipación de la Patagonia; y esta vez no era un cuento fantástico. El *New York Times* se hizo eco de este estado de ánimo y trató de reflejarlo en un artículo que causó un cierto revuelto por estas latitudes. Según el periódico neoyorkino, como producto de la crisis general de aquellos meses, los patagónicos sufren recortes en las partidas llegadas de Nación mientras “la riqueza de [la] región continúa generando ingresos para el gobierno central”. En consecuencia, añade el cronista Larry Rother, “el viejo resentimiento hacia Buenos Aires se ha intensificado, y la autonomía política, la integración regional e incluso la secesión ahora se discuten abiertamente como soluciones (Rother, 2002). No contento con registrar el malestar patagónico, el autor de la nota se animaba a hacer pronósticos:

Una Patagonia independiente sería una nación escasamente poblada pero próspera. Aunque menos del 5 por ciento de los 37 millones de argentinos viven en la Patagonia, la región constituye casi la mitad del territorio, posee buena parte de su reserva de agua dulce y de energía hidroeléctrica y el 80 por ciento del petróleo y el gas. (Rother, 2002)

Las condiciones objetivas, para usar un lenguaje ya casi vetusto, estaban dadas. Y también, si se quiere, las condiciones subjetivas. Según el diario norteamericano,

los patagónicos se consideran a sí mismos diferentes de los demás argentinos a causa de la topografía de la región, de su lejanía y del hecho de que la mayor parte de la inmigración comenzó apenas hace un siglo. En una encuesta realizada en mayo [de 2002], el 53 por

ciento de la población que respondió dijo que quería una Patagonia independiente. El sentimiento separatista era más fuerte entre los jóvenes —el grupo con el mayor nivel de desempleo—, de los cuales el 78 por ciento dijo estar a favor de la secesión. (Rother, 2002)

El *New York Times* no sólo da por buena una encuesta cuya autoría no revela, sino que avanza en un tema que sólo San Martín había imaginado: según el cronista, “las autoridades en Buenos Aires están claramente preocupadas acerca del posible desmembramiento del país y la pérdida de ingresos que resultaría de esto”, a tal punto que una fuente cercana al mundo militar revela que “uno de los temas que las Fuerzas Armadas argentinas han comenzado a examinar es cómo reaccionar en el caso de que la Patagonia o cualquier otra región intente la secesión” (Rother, 2002).

La perspectiva de la secesión o, quizá peor aún, del caótico desmembramiento territorial de la Argentina no pasó inadvertida para quienes, sin intentar una narración utópica, se acercaron al género desde el lugar de los planificadores de futuros. Ramón Martínez Guarino quedará en la historia (junto a Luis Sapag, hijo del caudillo neuquino) como el co-autor de uno los últimos planes sistemáticos de desarrollo en tiempos en que la planificación a largo plazo había pasado de moda. Fue, en efecto, el impulsor del plan Neuquén 2020, un promocionado conjunto de medias de gobierno por medio del cual Felipe Sapag, en su quinta gestión (1995-1999), intentó infundir esperanza mientras la provincia se incendiaba con las dos puebladas de Cutral-Co y Plaza Huinul, con las tenaces huelgas de trabajadores estatales —docentes en especial—, con los piquetes de los incontables desocupados, todo esto con un barril de petróleo a un mínimo histórico de 8 dólares. El plan en clave desarrollista finalmente no prosperó, o como dicen sus defensores, fue archivado. Dice Luis Sapag, co-autor de la iniciativa:

El plan no fracasó, cambió el gobierno. Jorge Sobisch lo ignoró y lo anuló. No sólo al Neuquén 2020 sino también al Copade [organismo de planificación provincial], que fue desplazado a un rango menor del que tenía antes. La primera reunión que tenía Don Felipe (Sapag) a la mañana era con Ramón Martínez Guarino y conmigo para hablar los temas de planificación. No es que fracasó, sino que nunca se ejecutó. Era el año 1998 y se planificaba a 22 años. Recién se alcanzó la primera etapa, que era de concientización o discusión. Fue lo único que se pudo hacer porque a partir de ahí se cortó y *con el paradigma privatista y neoliberal (donde la planificación no existe) se atiende sólo los planes de negocio de las*

empresas. El Copade literalmente se sumergió y el plan 2020 quedó de lado. (Sapag, 2012; nuestro énfasis)

La irrupción de un neoliberalismo radicalizado de la mano del gobernador Jorge Omar Sobisch, quien sucedió a Sapag en 1999, significó una profundización del modelo que el MPN había abrazado con entusiasmo desde principios de aquella década: el Estado mínimo (cf. Lizárraga, 2011). En este marco, viendo que sus planes de desarrollo se evaporaban, Martínez Guarino tuvo una visión apocalíptica. Así como San Martín anticipó con certera racionalidad la conveniencia de la secesión, Martínez Guarino pudo ver que todo podía hacerse añicos en unos pocos años.

En su biografía apologética de Felipe Sapag, Martínez Guarino distingue tres etapas en la historia de Neuquén: “nacimiento, desarrollo y crisis”, o bien: “Neuquén Territorio Nacional, Neuquén Moderno, y Neuquén Globalizado”. El primero corresponde a la etapa territorialiana, aquella en la que se gestó el sentimiento de colonia interna. El Neuquén Moderno, en cambio, es producto del surgimiento del Movimiento Popular Neuquino, cuya “ecuación fundacional [...] se denomina Sapag-Tosello” (Martínez Guarino, 2004: 221), en referencia al fundador del MPN y a Silvio Tosello, uno de los creadores de Copade. El paso desde el “territorio-desierto” a una provincia en desarrollo se asienta en los “cuatro pilares” del Neuquén moderno: “salud, comunicaciones, infraestructuras y planificación”; es el pasaje del “desierto” a un “territorio articulado” (Martínez Guarino, 2004: 222, 223).

El ocaso de este programa desarrollista, para Martínez Guarino, ocurre con la llegada de Sobisch a su segundo mandato, en 1999 (la primera gestión había sido vista como un “accidente”). Allí comienza el “Neuquén globalizado” que es, para el planificador, “una expresión tardía del neoliberalismo” que ya campeaba en la Argentina. Lo decisivo de esta etapa es la prórroga de las concesiones petro-gasíferas a YPF-Repsol, lo cual consolidaba el proyecto privatizador que había comenzado a principios de los ‘90 y que había tenido resistencias en las ya mencionadas puebladas de 1996-1997. La entrega casi total de los recursos al sector privado, como parte del proyecto neoliberal de Sobisch, activa las alarmas de Martínez Guarino. El “Neuquén Globalizado”, dice, “el Neuquén de la abundancia, es la antesala de su propia crisis”. Es un esquema “insustentable”, a diferencia del plan “sustentable” del Neuquén 2020 (Martínez Guarino, 2004: 227).⁴

⁴ Sobre el Programa Neuquén 2020, Favaro y Arias Bucciarelli sostienen: “En la versión sapagista, el gobierno neuquino admite que su modelo de crecimiento conformó una etapa en su historia, enmarcada en la fuerte presencia del Estado.

Dos décadas antes, el rionegrino San Martín había previsto un futuro de abundancia y desarrollo para la Patagonia independiente, a través de un uso intensivo de todos los recursos. Un cierto optimismo tecnológico, aunado a una confianza irrestricta en la capacidad homeostática del mercado, daba como resultado una utopía de abundancia bajo un Estado mínimo. Martínez Guarino admite que ese momento llegó –abundancia y Estado mínimo–, pero no como utopía sino como “antesala de su propia crisis”. El Neuquén globalizado conjura imágenes apocalípticas. Dice Martínez Guarino:

Territorialmente, el Neuquén Globalizado *es ajeno*. Sus habitantes no son dueños de la energía ni de las extensiones de tierra; las grandes empresas son extranjeras, al igual que la mayoría de los bancos. *No hay estrategias territoriales y la protección ambiental es cosa lejana*. A esta altura se destruyó la ecuación económica-técnica que hizo posible el Neuquén Moderno. Ya no es necesaria la planificación y languidece en su mínima expresión el organismo más prestigioso y antiguo del país en la materia. De seguir en esta dirección, *las posibilidades de que el territorio se fragmente no serían lejanas*. Por más que se mantuviera la formalidad administrativa, *no estamos lejos de ser un conjunto de enclaves*: Villa La Angostura como una joyita de grandes potentados; los lagos ajenos, igual que las estancias y las costas de los ríos; un gran desarrollo (con capitales internacionales) en torno al lago Aluminé; el subsuelo (el *stock* hidrocarburífero, el capital más valioso) succionado en forma acelerada. Y mientras todo esto ocurre, es inevitable que se licue también lo más importante: la identidad de los neuquinos, sobre la cual hay un trabajo sutil y muchas veces imperceptible” (Martínez Guarino, 2004: 226; nuestro énfasis).

Martínez Guarino, quien se proponía “pintar a Neuquén de verde” cambiando “petróleo por agua”, para usar una imagen acuñada por Favaro y Arias Bucciarelli (2012), anticipa un territorio fragmentado y entregado a potencias extranjeras, a los grandes capitales que succionan la riqueza sin cuidar en lo más mínimo el medio ambiente. Neuquén se disgrega en un conjunto de enclaves, donde los ricos descansan en sus paraísos privados, apoderándose de ríos y lagos

Un modelo que se asemejaba a una mesa de una sola pata que sostenía la sociedad y que había perdido vigencia con los cambios mundiales que auguraban el nuevo milenio. Con este diagnóstico diseña un nuevo plan que esquematiza en la siguiente ecuación tierra+agua+energía: el triángulo de riquezas de 2020. En este replanteo para la estrategia de desarrollo, la mesa debería ser de cuatro patas; además del Estado, define y precisa el papel de las instituciones del conocimiento, la sociedad civil y las empresas privadas” (Favaro y Arias Bucciarelli, 2012).

mientras se llevan los hidrocarburos a manos llenas. Y en este proceso de fragmentación –tan lejano de la heroica independencia imaginada por San Martín– comienza a extinguirse “lo más importante”: la identidad de los neuquinos. La premonición del tecnócrata emepenista tiene aires claramente distópicos. Por un lado, el territorio se despedaza, con lo cual surgen diversos enclaves, que en términos utópicos no es sino la multiplicación de las ínsulas que pueden alojar otros tantos mundos felices. Y además, se vislumbra la transformación en “otros”, un temor que suele habitar en el núcleo mismo del impulso utópico; y, en este caso, distópico.

Consideraciones finales

La Patagonia es capaz de encender la imaginación utópica de conquistadores, viajeros, ingenieros y burócratas. Es una superficie sobre la que se han grabado desmesuradas fantasías y fríos cálculos nacidos del impulso utópico que anida, como diría Ernst Bloch, en lo cotidiano. El cuento del ingeniero San Martín constituye una ucronía singular, que recoge varios de los temas característicos de la utopía. En primer lugar, el gesto de secesión, de ruptura radical, como el foso excavado por los hombres de Utopos en la obra de Moro. En segundo lugar, la construcción de un espacio feliz, una tierra próspera, en este caso, muy cercana a la utopía libertarista del Estado mínimo postulada por Nozick. Pero, en rigor, dicha meta-utopía donde caben casi todas las utopías particulares es la visión de una sociedad capitalista autorregulada, donde sólo valen las reglas del mercado y donde las desigualdades sociales no tienen límite; un mundo poblado por individuos que persiguen sus propios fines autoreferidos sin ninguna obligación de asistir a los que están peor. Los Estados Unidos de la Patagonia nunca declararon su independencia, pero el sueño neoliberal sí consumó su utopía a escala nacional. Pero esa utopía fue distopía para la vasta mayoría. Con una mezcla de nostalgia esencialista por una supuesta identidad amenazada y con fundados temores sobre el horizonte de devastación que anuncia el ímpetu capitalista desenfrenado, Martínez Guarino, el planificador desarrollista, alcanzó a advertir que en vez de secesión podía ocurrir la disgregación territorial y, peor aún, el agotamiento de los recursos más preciados: el agua y los hidrocarburos.

Coda

Mi nombre es Max. Mi mundo es fuego y sangre. [*Voces en off*: ¿Por qué lastimas a esta gente? Es el petróleo, estúpido. Guerras del petróleo. Estamos matando por gasolina. El mundo se está quedando sin agua. Ahora hay guerras del agua]. Alguna vez fui policía. Un guerrero del

camino en busca de una causa justa, hasta el punto de la locura terminal. [*Voces en off*: La humanidad se ha vuelto canallesca, y se aterroriza a sí misma. Escaramuza termonuclear. La tierra se ha puesto amarga. Nuestros huesos están envenenados. Estamos vivos a medias]. Mientras el mundo caía, cada uno, a su manera, quedó quebrado. Era difícil saber quién estaba más loco [...] Yo soy el que huye de ambos, de los vivos y los muertos. Perseguido por carroñeros. Acosado por los fantasmas de aquellos a quienes no pude proteger. Así existo en esta tierra devastada. Un hombre reducido a un solo instinto: sobrevivir (*Mad Max. Fury Road; script; nuestra traducción*).

Quien haya divisado las torres insaciables que caminan en Vaca Muerta y que reinan sobre las viejas chacras de frutales, quien haya visto las piletas repletas de desechos mal acopiados, quien haya intentado soportar el aire de la estepa impregnado de kerosén, no puede sino estremecerse ante la anticipación del planificador emepenista. En ese lugar ya no va quedando casi nada. No hace falta mucha imaginación para representarse un mundo como el de *Mad Max*. El Verde Lugar es un pantano lleno de cuervos. Quizá sólo quede la esperanza de que alguna de la Muchas Madres guarde un buen puñado de semillas ancestrales y que el *Aqua Cola* vuelva a ser uno de los bienes comunes.

Referencias bibliográficas

- Bandieri, Susana. (2005). *Historia de la Patagonia*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Favaro, Orietta y Arias Bucciarelli, Mario. (2012). Proyectos para la inserción nacional/ internacional de una provincia en crisis. El Neuquén 2020 en el contexto de la fractura política del MPN durante la década de 1990. Programa Buenos Aires de Historia Política. Recuperado de http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/MPN_bucciarellifavaro.pdf
- Kalamicoy, Héctor. (2008). Introducción a un feo lugar. En Kalamicoy, H. *Introducción a un feo lugar* (pp. 1-2). Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación.
- Martínez Guarino, Ramón. (2004). *Felipe Sapag. El patriarca patagónico*. Buenos Aires: GEUM.
- Lizárraga, Fernando. (2011). Vicisitudes del Estado Mínimo en la Norpatagonia Argentina (Neuquén, 1999-2007). *Iberoamérica Global*, Universidad Hebrea de Jerusalén, noviembre, vol. 4, n. 2. Recuperado de <http://iberoamericaglobal.huji.ac.il/vol4num2.htm>.
- Misseri, Lucas. (2009). Identidad y alteridad en el imaginario utópico americano. *Agora Philosophica. Revista marplatense de filosofía*, Nro. 19-20, vol. X, 130-143.
-

Mombello, Laura. (2005). La mística neuquina. Marcas y disputas de provincianía y alteridad en una provincia joven. En Briones, Claudia (comp.), *Cartografías de alteridad* (pp. 125-147). Buenos Aires: Editorial Antropofagia.

More, Thomas. (1965 [1516]). *Utopía*. Londres: Penguin Books. [Edición en español: Moro, Tomás. (2007) *Utopía*. Buenos Aires: Prometeo Libros].

Nozick, Robert. (1991). *Anarquía, Estado y Utopía*. México: Fondo de Cultura Económica.

San Martín, Salvador. (1984). Cuando Argentina perdió la Patagonia. Un cuento fantástico. En diario *Río Negro. Económico y Agropecuario*. General Roca, 3 de junio, 1-3.

Sapag, Luis. (2012). "Sobisch anuló el plan Neuquén 2020". En diario *La Mañana Neuquén*, 15 de enero. Recuperado de <http://www.lmneuquen.com/sobisch-anulo-el-plan-neuquen-2020-n133955>

Rother, Larry. (2002). "Some in Argentina See Secession As the Answer to Economic Peril". En *The New York Times*, 27 de agosto. Recuperado de <http://www.nytimes.com/2002/08/27/world/some-in-argentina-see-secession-as-the-answer-to-economic-peril.html?pagewanted=all>